

## ¿Remesas como instrumento de desarrollo? Eclosión de una nueva forma de dependencia

### Introducción

Ante la idea de que las remesas constituyen un instrumento del desarrollo, este capítulo analiza las dinámicas estructurales y procesales de una nueva forma de dependencia mediante la categoría de modelo de desarrollo basado en las remesas. Como un rasgo de la profundización del subdesarrollo, México exporta fuerza de trabajo barata según los requerimientos estadounidenses y, paradójicamente, responsabiliza a los migrantes en el sostenimiento de la endeble macroeconómica y la manutención de millones de mexicanos. Ultimadamente, el modelo deviene insustentable.

Frente a la expansión de las asimetrías entre países desarrollados y subdesarrollados, la profundización de las desigualdades sociales al interior de todos los países y aunado al incremento de las migraciones internacionales y del concomitante caudal de remesas, los organismos internacionales encabezados por el Banco Mundial (BM), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la Organización de las Naciones Unidas (ONU), postulan una agenda internacional de migración y desarrollo sintetizada en la idea de que las remesas conforman un instrumento del desarrollo para los países, regiones y localidades donde se origina el éxodo laboral. Sin embargo, no proponen cambios de orden estructural e institucional en las directrices de la globalización neoliberal, hoy por hoy motor de las asimetrías, desigualdades y migraciones.

En esa misma tónica, el gobierno mexicano promueve, como parte de su armazón neoliberal, una supuesta política de migración y desarrollo compuesta de un atado de programas inconexos y descontextualizados, según las prescripciones de la nueva política social, que responsabilizan a los pobres

de su propio desarrollo o, en este caso, a los migrantes, concebidos como responsables de financiar y promover el desarrollo local y regional.

En tanto, México ha sido considerado un caso ejemplar en el impulso de la política de migración y desarrollo, analizaremos el trasfondo de esa proposición al centrarse en las dinámicas estructurales y procesales que explican la creciente dependencia de las remesas. El objetivo es analizar el papel asignado a las remesas —es decir, a los migrantes mexicanos— en la estabilidad macroeconómica neoliberal y en la subsistencia familiar. Para ello se desmonta el discurso de los organismos internacionales mediante el concepto de *modelo de desarrollo basado en las remesas* (Delgado Wise y Márquez, 2006; Márquez, 2007). Nuestro argumento es que México experimenta un trance socioeconómico muy conspicuo al interior del modelo neoliberal: el paso del modelo exportador de fuerza de trabajo barata al modelo de desarrollo basado en las remesas. El primero se explica por el hecho de que, en el contexto de la integración neoliberal de México a Estados Unidos, el trabajo barato mexicano vía maquiladora, maquiladora encubierta y migración laboral ha venido jugando un papel importante en distintos planos y niveles del proceso de reestructuración de la economía estadounidense (Delgado Wise y Márquez, 2005; Delgado Wise y Cypher, 2005). El segundo se refiere a que cada vez más la migración mexicana hacia Estados Unidos ha ganado presencia dentro del proceso exportador de fuerza de trabajo y se ha consolidado como fuente proveedora de remesas que contribuyen a mantener la precaria estabilidad socioeconómica de México a niveles macro y micro. No obstante, se advierte que estos modelos están plagados de contradicciones y muestran signos de insustentabilidad.

### **Una visión reduccionista, las remesas como instrumento del desarrollo**

La globalización neoliberal, generadora de desigualdades y asimetrías entre países desarrollados y subdesarrollados, constituye el principal motor de las migraciones internacionales. Este flujo se asocia al desempeño de las cadenas globales de producción y a los procesos de flexibilización y precarización laboral en el horizonte transnacional. En la actualidad 1 de cada 10 habitantes del norte es migrante; mientras que en el sur, 1 de cada 70 (Castles y Delgado Wise, 2006). Más allá de la diversidad de formas, como refugio, asilo o reunificación familiar, el componente más importante del éxodo contemporáneo es de carácter laboral. La Organización Internacional del Trabajo (OIT, 2006) estima que en el mundo hay 90 millones de trabajadores

migrantes, equivalente al 3 por ciento de la fuerza laboral global, no obstante esa proporción resulta relevante en términos económicos, culturales, sociales y políticos tanto para los países de origen como para los de destino (BM, 2006), particularmente en los casos de sistemas migratorios consolidados bajo esquemas de integración económica regional, donde la proporción es indudablemente mayor.

A diferencia de la política de libre circulación de capitales, la globalización de las migraciones no supone el desencadenamiento libre y en todas direcciones de los flujos humanos, los migrantes internacionales se están concentrando cada vez más en los países desarrollados: tan sólo 28 países absorbieron en 2005 al 75 por ciento de los migrantes del mundo, la concentración es más notoria en América del Norte, donde se asientan 1 de cada 4 migrantes, y en Europa, 1 de cada 3. Estados Unidos, principal potencia capitalista y cabeza del bloque de América del Norte, es el país que indudablemente registra el mayor movimiento en la recepción de migrantes del mundo, pues captó el 20.2 por ciento en 2005, por arriba de Rusia (6.4 por ciento) y Alemania (5.3 por ciento) (ONU, 2006).

En las últimas décadas, en el contexto de la globalización neoliberal, los organismos internacionales y los gobiernos en general han abandonado el propósito, si alguna vez lo tuvieron, de promover el desarrollo de las regiones subdesarrolladas para poner en el centro los intereses expansivos del gran capital transnacional. Desprovistos de un proyecto de desarrollo nacional, la migración se ha convertido en una fuente insoslayable de divisas y una vía para suplementar las limitaciones nacionales de empleo para los países subdesarrollados altamente exportadores de migrantes. No en balde, en 2006 se estimaba un flujo mundial de remesas de 199 mil millones de dólares (BM, 2006). En tanto que para los países desarrollados, el componente principal de la migración es laboral, y constituye un aporte fundamental de fuerza de trabajo barata que coadyuva a mejorar su posición competitiva.

Empero, bajo distintas denominaciones, los organismos internacionales han retomado discursivamente el tema del desarrollo, pero sin contravenir el proyecto que encarna la globalización neoliberal, más bien buscando complementarlos. Si con en el llamado Consenso de Washington de la década de los ochenta se enumeraban políticas neoliberales como apertura comercial, liberalización financiera y privatización, entre otras, con el surgimiento en los años recientes del Posconsenso de Washington (Burki y Perry, 1998; Stiglitz, 1998), esas instituciones pretenden conferirle un supuesto *rostro humano* al capitalismo neoliberal que han construido al invocar temas como

combate a la pobreza, equidad e inclusión social. No obstante que el Posconsenso supone un reconocimiento *de facto* del fracaso del neoliberalismo, sobre todo en el terreno social, en ningún momento sus promotores plantean modificar las dinámicas estructurales que están en la base de la expansión del subdesarrollo y de la cauda de fenómenos que trae consigo, como pobreza, marginación, exclusión y migración. En América Latina, durante los años noventa, luego de la crisis temprana ocasionada por las políticas de ajuste estructural aplicadas la década precedente, se instrumenta la nueva política social (Veltmeyer, 2000). Desde entonces se promueve la idea de que la población afectada por las políticas neoliberales debe de participar con sus propios recursos sumados a exiguos fondos estatales para superar sus problemas; es el caso de las políticas de combate a la pobreza, que presentan a los pobres como actores empoderados (BM, 2002). En esa tónica, y bajo el discurso del llamado liberalismo social, se echa a andar en México el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol), que merced al recambio sexenal derivaría en el Programa de Educación, Salud y Alimentación (Progresá) y en el Programa Oportunidades, todos ellos con magros resultados, puesto que apenas sirven como paliativos, incluso como máquinas electorales, y no como mecanismos para revertir verdaderamente el fenómeno de la pobreza.

Más recientemente, a escala internacional, la ONU ha divulgado los ocho objetivos de desarrollo del milenio (ONU, 2005), prontamente retomados por el resto de los organismos internacionales, como una suerte de síntesis de la política de desarrollo para los países subdesarrollados, concebida apenas como la tentativa de arribar a un umbral de subsistencia, pero sin, de nueva cuenta, promover cambios al proyecto de globalización neoliberal en curso, que ha acrecentado la brecha entre países desarrollados y subdesarrollados y profundizado los ocho problemas que los organismos internacionales pretenden discursivamente acometer. Todo ello sin contemplar el problema de la migración internacional, uno de los fenómenos más conspicuos que dan rostro al exacerbamiento de las desigualdades socioeconómica en el orbe.

Aunado al abandono del desarrollo como un objetivo estratégico, los países exportadores de fuerza de trabajo parecieran delegar en la emigración masiva una especie de alternativa, o válvula de escape, frente a la incapacidad nacional de generar los empleos necesarios para su población. Este proceso sería imposible de no existir una importante demanda de fuerza de trabajo en los países desarrollados —particularmente en sectores económicos cuya expansión y rentabilidad dependen cada vez más del trabajo barato calificado y no calificado, como sucede en la agricultura, manufactura, cons-

trucción y servicios estadounidenses— más la formación y consolidación de una importante reserva laboral en los países subdesarrollados, cuyos costos de formación recaen progresivamente en las familias. La economía internacional del trabajo barato genera de este modo, en distintos grados y niveles, una doble dependencia, aunque con distintos propósitos: los países exportadores de migrantes dependen cada vez más, en términos estructurales, de las remesas, al tiempo en que profundizan sus condiciones de subdesarrollo; en tanto que los países receptores de inmigrantes, merced a sus estructuras demográficas, demandan ingentes cantidades de trabajo barato, pese al progreso tecnológico y el clima xenófobo. Pero como la sobrepoblación excede a los requerimientos laborales de la acumulación en los países desarrollados, éstos llevan siempre las de ganar.

En ese peliagudo contexto, los organismos internacionales como la ONU, el BM y el BID, y por añadidura la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y la OIT, desde sus distintos ámbitos de acción y zonas de influencia, han perfilado un marco general de políticas en materia de migración y desarrollo, cuyo eje central es el papel de las remesas en el desarrollo. En este marco priva el interés de los países desarrollados receptores de inmigrantes cuando se ponen de realce temas como la gestión o gobernanza de la migración y la apertura de espacios al capital financiero en el así llamado mercado de remesas. Más específicamente, se hace abstracción de las condiciones que propulsan la migración laboral, como las políticas neoliberales, y se toma el flujo de remesas como un dato dado; a lo sumo la pregunta que plantean con distintos matices es ¿qué hacer con las remesas?, ¿cómo insertarlas en los circuitos financieros? Por lo mismo, el problema del desarrollo de los países exportadores de fuerza de trabajo se visualiza básicamente como un componente más de la socorrida estrategia de combate a la pobreza, donde los migrantes y sus familias radicadas en sus lugares de origen aparecen como los sujetos responsables de atemperar sus condiciones de atraso y marginación, en descargo de las funciones estatales.

La idea fuerza de los organismos internacionales es que las remesas pueden fungir como instrumento o motor del desarrollo, pues suponen que su impacto multiplicador les confiere una suerte de poder económico a los pobres (De Soto, 2001; Orozco, 2003; Terry y Pedrody, 2006). No obstante, para que ese poder se manifieste, plantean la necesidad de integrar las remesas al sistema financiero para aumentar su efecto multiplicador a través instrumentos de ahorro y préstamo bajo un supuesto esquema de “demo-

cracia financiera” que se materializa debido a la participación de bancos, cooperativas y microfinancieras en el “mercado de remesas” (Terry y Pedrody, 2006). Haciendo caso omiso de las condiciones estructurales que articulan la migración internacional y la precarización laboral, apenas enuncian prescripciones orientadas a erigir ese apetecible mercado, como la disminución de los costos de transacción para estimular un mayor caudal de remesas. Esta política de orientación mercadócrata supone que la intermediación financiera, impelida por un sano afán de lucro, propiciará la transformación de los migrantes laborales en exitosos empresarios emprendedores.<sup>10</sup>

En el trasfondo de la agenda internacional domina la perspectiva de los países de inmigración bajo el rubro de seguridad, derechos humanos y gestión de la migración. El problema del desarrollo de los países emisores es visto básicamente como combate a la pobreza. Al anteponer seguridad y remesas sobre promoción del desarrollo nacional y otro tipo de integración regional, las políticas acometen sólo las manifestaciones y no las causas profundas de la migración. Más específicamente, los principios generales que dan cuenta del modelo de desarrollo basado en las remesas son cinco:

1. *Gestión de la migración.* Desde una visión geoestratégica, la preocupación de los países desarrollados receptores de inmigrantes es garantizar la gobernabilidad de los flujos migratorios acorde a la agenda de seguridad adoptada al seno de los bloques económicos regionales.
2. *Las remesas como instrumento del desarrollo.* En ausencia de una política verdadera de desarrollo preferente de los países subdesarrollados, a la sazón los mayores emisores de emigrantes, se postula la idea de que los propios migrantes son generadores de recursos, las remesas, aptos para detonar el desarrollo de sus lugares de origen.
3. *La democratización financiera.* El caudal de remesas registrado en el mundo, configura un mercado atractivo para el lucro del capital financiero, al tiempo en que dota de servicios bancarios a los sectores excluidos. Los esquemas de ahorro y crédito con remesas se plantean como la palanca de procesos de desarrollo.
4. *El poder económico de los pobres.* Las remesas pueden fungir como instrumento o motor del desarrollo, pues suponen que el impacto multiplica-

<sup>10</sup>Además de la funcionalidad financiera de las remesas, los organismos internacionales mencionan otros atributos secundarios de las remesas inscritos en la promoción del desarrollo como el financiamiento de inversiones, la formación de capital humano, el servir como fuente de capital para pequeñas empresas, la compra de terrenos o la adquisición y reparación de viviendas. A su vez se les pondera como una fuente confiable de divisas para financiar importaciones, un recurso para solventar desastres naturales y una especie de seguro familiar.

dor de las remesas les confiere una suerte de poder económico a los pobres.

5. *La formación de capital humano.* En presencia de un incontenible flujo migratorio, los países emisores podrían mejorar sus sistemas educativos y de formación técnica para que los migrantes laborales encuentren mejores opciones ocupacionales. A su vez, la posibilidad del retorno de los migrantes, supone la posibilidad de ocupar mano de obra calificada en sus lugares de origen.

La concepción de remesas consustancial a esta perspectiva es instrumentalista, pues considera a las remesas como “el lado humano de la globalización” (Terry y Pedrody, 2006), y supone que la decisión de emigrar tiene un carácter altruista, correspondiente a la estrategia de conformar un seguro familiar, y un cariz empresarial porque los migrantes laborales buscan una supuesta ventaja compartativa. Desde esta perspectiva, las remesas se consideran como una suerte de sustituto de recursos públicos y de la ayuda externa porque, haciendo tabla rasa de su naturaleza salarial, conciben a las remesas como transacciones privadas que fluyen entre particulares, amén de que surten efecto en problemas sociales como pobreza, marginación y desarrollo. En ese sentido, la definición de remesa comúnmente aceptada alude a su forma más evidente, como circulante monetario, y más precisamente como una transferencia de dinero de un migrante hacia su familia, por lo que se le ha querido ver exclusivamente como recursos circunscritos a la órbita privada, como capital a nivel micro y como divisas a nivel macro.

No obstante, además de ser circulante monetario, conviene tener presente que las remesas son portadoras de relaciones sociales, en primer lugar expresan relaciones de producción puesto que, al final de cuentas, son nada menos que una fracción del salario devengado por la fuerza de trabajo migrante, ese salario es relativamente más elevado que en su país de origen pero menor a la media del sector donde labora, por lo cual se trata de un falso sobresalario. En segundo lugar comportan relaciones entre iguales, a nivel familiar y societal, cuando aparecen como transferencias internacionales o relaciones de índole transnacional. Además de que se reconocen dificultades metodológicas para una veraz cuantificación, el punto analítico importante es determinar si el impacto socioeconómico de las remesas en las maltrechas economías de los países que las reciben y más específicamente en el ingreso de las familias migrantes; es decir, su posible incidencia o no en los procesos de desarrollo.

## **Emergencia del modelo de desarrollo basado en las remesas**

En su mayoría, los países exportadores de fuerza de trabajo no disponen de un proyecto de desarrollo nacional y, en contrapartida, cifran algunas expectativas de desarrollo, particularmente a nivel local o regional, en la contribución de los migrantes a través de las remesas. Estos recursos, a nivel macro, constituyen una fuente de ingreso externo que abona a la de por sí frágil estabilidad económica y un soporte de la estabilidad social, al paliar en algunos casos la pobreza y la marginación al tiempo de abrir una válvula de escape frente a las limitaciones de los mercados laborales locales, regionales y nacionales. Países como México, El Salvador, Filipinas y Marruecos adoptan este modelo.

En México, el modelo de desarrollo basado en las remesas es un subproducto del proceso exportador de fuerza de trabajo vigente en la integración económica de México a Estados Unidos (Delgado Wise y Márquez, 2006). Esa integración tiene como principal objetivo coadyuvar al proceso de reestructuración productiva en curso desde los años setenta, y con ello fortalecer la competitividad capitalista estadounidense en el concierto internacional. Se funda en una serie de relaciones de intercambio desigual que ensanchan las asimetrías entre ambos países y que, por lo mismo, no contemplan ningún mecanismo para promover el desarrollo de México ni mucho menos ofrece apoyos complementarios a las zonas y localidades de alta migración, a la sazón proveedoras netas de fuerza de trabajo barata. En tal virtud, el TLCAN ha jugado un indiscutible papel como catalizador de los flujos migratorios y no como catalizador de un esquema de cooperación internacional para el desarrollo, como reza su texto oficial.

El sistema migratorio México-Estados Unidos ha prohijado un mercado laboral binacional que permite a Estados Unidos abastecerse de importantes contingentes de trabajadores mexicanos para cubrir sus necesidades y demandas laborales. El mecanismo privilegiado de esta boyante industria es la conformación de un ejército laboral de reserva a disposición de la economía estadounidense, cuyos costos de formación recaen mayormente en la sociedad mexicana. En Estados Unidos opera un sistema de explotación laboral por la vía de la flexibilización y precarización del trabajador migrante, que le confiere, en el mayor de los casos y de manera deliberada, un estatus indocumentado y propicia su desvalorización acentuada, a la vez que registra una diversificación ocupacional ligada a la reestructuración industrial.

De manera concomitante al crecimiento del flujo migratorio se observa un aumento mayor en términos relativos de las remesas captadas en México.

A nivel macro, las remesas representan la fuente de divisas que exhibe el crecimiento más consistente, lo que se hace más visible debido a la pérdida de importancia relativa de otras vías de financiamiento externo, como la inversión extranjera directa (IED) y las exportaciones de la industria maquiladora.

No obstante, el efecto más sensible se advierte a nivel micro. Durante el periodo de aplicación de la política neoliberal, según los datos oficiales, la recepción de remesas se multiplica 30 veces. Para 2006, el Banco de México registró 65.8 millones de envíos, con un promedio de 350 dólares (Banxico, 2007). Por su parte, el Consejo Nacional de Población (Conapo) estima que en el país hay 1.6 millones de hogares receptores de las llamadas remesas familiares, de los cuales 47 por ciento tiene como principal fuente de ingreso ese recurso (Conapo, 2005). La cantidad total de hogares receptores de remesas representa el 8 por ciento de los hogares del país; si ese número de hogares se multiplica por cinco personas en cada hogar, 8 millones de personas reciben algún beneficio directo, lo cual representan el 7.6 por ciento de la población total del país en 2006 (104 millones de habitantes). Las encuestas sobre el uso de remesas familiares en México detectan un patrón de gasto dirigido principalmente a la satisfacción de necesidades básicas, incluyendo salud y educación, y un remanente no mayor del 10 por ciento se destina al ahorro o pequeñas inversiones de corte familiar en vivienda, terrenos, ganado y establecimientos comerciales. Además de estos usos, existen remesas destinadas a la inversión, como ocurre con la participación en programas gubernamentales de obra pública municipal y proyectos sociales, mediante la canalización de la remesa participativa —conceptualizadas de esa manera por estar inmersas en una modalidad de desarrollo participativo transnacional (Márquez, 2006)— en el Programa Tres por Uno, y con la participación en proyectos productivos de corte empresarial a través de la canalización de remesas productivas en microproyectos dentro del Programa Invierte en México o mediante proyectos sin mediación gubernamental (Márquez, 2006). No obstante, la suma de recursos que significan las remesas participativas y productivas no representa ni siquiera el 5 por ciento de las remesas salariales, destinadas mayormente a la subsistencia familiar. De manera complementaria, las remesas constituyen también una fuente para financiar nuevas migraciones, por tanto forma parte del engranaje de la fábrica de la migración.

Al enfocar la atención en el fenómeno de la pobreza referido específicamente a los hogares de México, un ejercicio de simulación muestra que sin el influjo de las remesas, el número de hogares ubicados en situación de pobreza crecería en poco más de 220 mil (Rodríguez, 2005). Y aunque no

existe un vínculo directo entre migración laboral y superación de la pobreza, es evidente que las remesas familiares, a las que merced a su naturaleza conviene denominar salariales, fungen como un paliativo para aminorar las condiciones de pobreza y marginación, sin que en ello medie la intervención gubernamental. Así lo muestran múltiples estudios sobre el impacto de las remesas salariales sobre la pobreza: los hogares receptores de remesas tienden a presentar niveles de vida en términos de alimentación, salud, educación y vivienda ligeramente superiores, en condiciones similares, a los hogares que no reciben remesas. Cabe destacar que el 75 por ciento de los hogares receptores de remesas en México no están catalogados como pobres y que la mayor parte de las remesas se concentran en 492 municipios de alta intensidad migratoria y relativamente bajos niveles de pobreza y marginación. Además, debe considerarse que la migración internacional implica un costo que se ha venido acrecentando con el reforzamiento de las medidas de control fronterizo; costo que los miembros de los hogares más pobres difícilmente pueden sufragar. Por ello no se deben establecer deducciones mecánicas sobre migración y pobreza. En el mejor de los casos, se puede señalar que la migración y las remesas son un atenuante de la pobreza y la marginación en los lugares de origen. No obstante resulta infundado suponer que las remesas sean una solución de fondo para erradicar o combatir la pobreza.<sup>11</sup>

### Importancia de las remesas

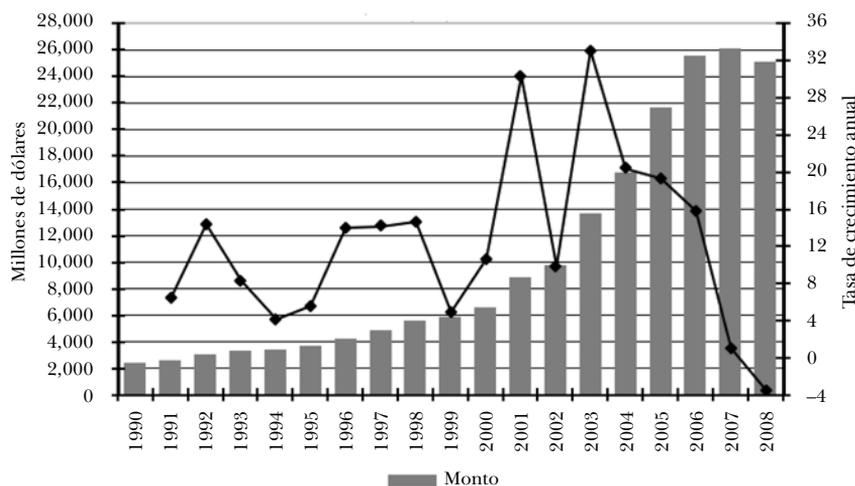
La migración tiene múltiples implicaciones económicas tanto para México como para Estados Unidos. Uno y otro país se benefician de ella, aunque el impacto tiende a ser muy diferente y asimétrico. Para el país receptor los migrantes contribuyen, por un lado, a nutrir y flexibilizar la oferta de fuerza de trabajo en determinados segmentos del mercado laboral, (abaratando costos laborales e incrementando los beneficios para el capital) y, por otro lado, en una escala relativamente menor, aunque no despreciable, a *i*) dinamizar el mercado interno; *ii*) sostener el sistema de seguridad social, y *iii*) ampliar las operaciones financieras, de transporte y comunicaciones.

<sup>11</sup> Ante el desmantelamiento de los servicios públicos estatales, las remesas se avienen como sistema informal de protección social para las familias mexicanas. De los 20 mil millones de dólares recibidos como remesas en 2005, el 15 por ciento, es decir, 3 mil millones de dólares fueron gastados en educación y salud. Esa cantidad —30 mil millones de pesos— equivale al presupuesto del Programa Oportunidades, el programa asistencialista de la política neoliberal mexicana que atiende a 5 millones de hogares y 25 millones de personas. En ausencia de las remesas, el gobierno mexicano tendría que aumentar significativamente la inversión social para esos rubros.

Más allá del pregón oficial, la integración económica instrumentada por el TLCAN y articulada por las cadenas de producción global ha jugado un indiscutible papel como catalizador de los flujos migratorios al grado de convertir a las remesas en una de las principales fuentes de divisas del país. De manera concomitante al crecimiento del flujo migratorio se observa un aumento en la importancia relativa de las remesas captadas en México. A contraflujo de la migración compulsiva, México experimenta un crecimiento exponencial en la captación de remesas, y por ello figura como primer receptor del mundo junto con India (IFAD, 2007). En 2007, el monto de las remesas ascendió a 23.7 mil millones de dólares (Banco de México, 2007).

Gráfica 22

MÉXICO: REMESAS Y CANTIDAD DE LA TASA DE CRECIMIENTO PROMEDIO ANUAL

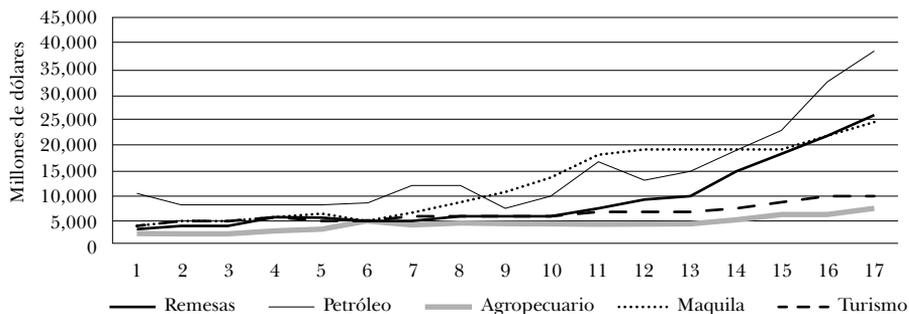


Fuente: Cálculos propios con base en Banco de México (VVAA).

A nivel macro, las remesas representan la fuente de divisas que exhibe el crecimiento más consistente, lo que se hace más visible debido a la pérdida de importancia relativa de otras vías de financiamiento externo, como las exportaciones de la industria maquiladora, el turismo y el sector agropecuario (véase gráfica 23). Durante el periodo de aplicación de la política neoliberal, según los datos oficiales, la recepción de remesas se multiplica 30 veces. En 2005, Banxico (2006) registra alrededor de 58.7 mil de envíos, con un promedio de 341 dólares, para hacer un total de 20 mil millones de dólares.

Gráfica 23

## MÉXICO. IMPORTANCIA DE LAS REMESAS EN LA BALANZA COMERCIAL



Fuente: Banxico, 2006.

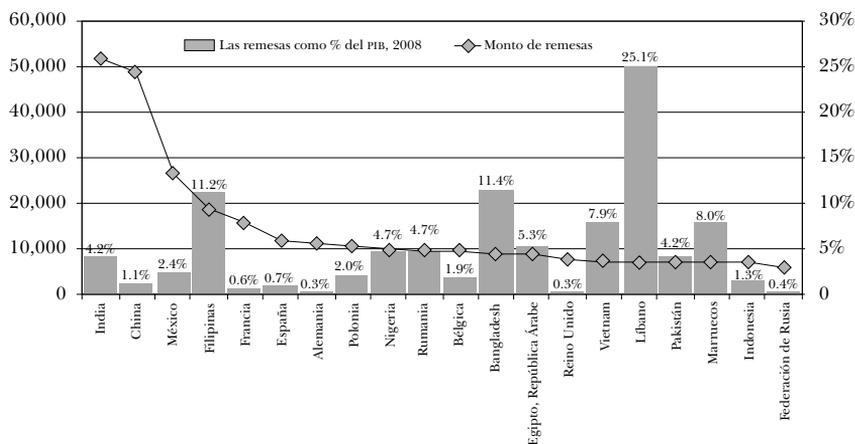
Para la macroeconomía mexicana las remesas constituyen la fuente más dinámica de divisas y el soporte principal de la balanza comercial junto con el petróleo y la maquila, con la acotación de que el dinamismo del petróleo difícilmente puede mantenerse y la maquila se encuentra en franca fase de estancamiento. Si bien México figura como el principal receptor de inversión extranjera directa —cuyo comportamiento es errático y no siempre productivo— de América Latina, su monto suele situarse por debajo de la captación de remesas.

Los principales países receptores de remesas han desarrollado una especialización económica como parte de su modelo de nación: la exportación de fuerza de trabajo. Estos países se ubican en las periferias del sistema capitalista mundial y no disponen de bases materiales y subjetivas para arraigar a su población y ofrecer empleo formal de calidad, por lo mismo estos países y regiones están considerados como subdesarrollados. En el concierto internacional, México se ubica no sólo como el principal exportador de migrantes laborales, sino también como uno de los principales receptores de remesas, en primer término figuran India y China, y en tercer lugar México. No obstante, la proporción de las remesas frente al PIB no es la mayor, como sucede con Líbano (25.1 por ciento), Bangladesh (11.4 por ciento) y Filipinas (11.2 por ciento), pues sólo representa el 2.4 por ciento (véase gráfica 24). Es de llamar la atención que países como China e India sean los principales receptores de remesas, cuando se supone que forman parte de los países emergentes sobre los cuales se cifra la expectativa de la conformación de nuevas potencias mundiales. Sin embargo, ambos países, al igual que México, fun-

damentan su dinamismo económico en la economía del trabajo barato y la sobreexplotación del medio ambiente. La diferencia es que los dos primeros países han dado pasos agigantados en la formación de recursos humanos de alto nivel, que no obstante también se suman a la oleada migratoria. En contraste, las economías nacionales más débiles son las que registran una mayor proporción de las remesas como parte del producto nacional, lo cual no es el caso de los tres principales receptores de remesas.

Gráfica 24  
 ENTRADAS DE REMESAS DE LOS TRABAJADORES  
 (Millones de dólares)

“Los 20 principales en 2008”

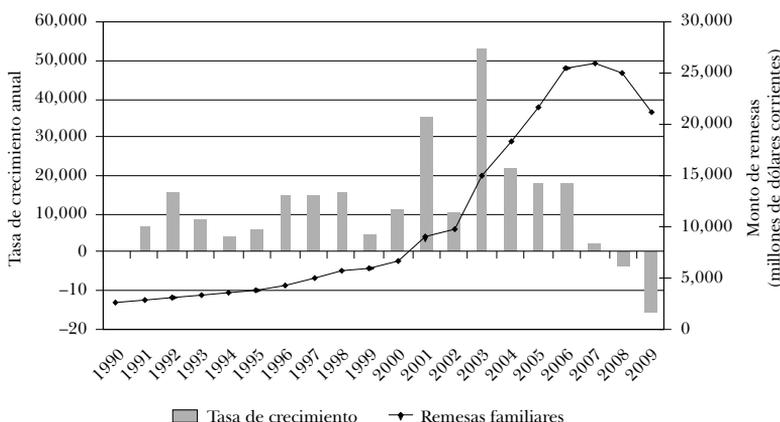


Fuente: SIMDE, UAZ. Elaborado con base en Banco Mundial a partir del Fondo Monetario Internacional, *Balance of Payments Statistics Yearbook*, 2008.

Derivado del crecimiento explosivo de la migración de mexicanos a Estados Unidos en el periodo neoliberal, los recursos dinerarios que envían los migrantes a sus dependientes económicos han registrado un crecimiento aún más espectacular que tuvo su punto más alto en 2007 (véase gráfica 25), cuando el discurso sobre el desarrollo basado en las remesas gozaba de mayor influencia y penetración en prácticamente todos los círculos sociales. Año con año se registraban montos mayores que hacia suponer que las remesas constituían un recurso abundante y útil para afianzar la estabilidad macroeconómica, la gobernabilidad local, la contención de la pobreza y la tentativa de emplear dichos recursos en la promoción del desarrollo local.

El problema primordial era, entonces, cómo canalizar las remesas para detonar el desarrollo. Era entonces un asunto que se dirimía en múltiples foros académicos, medios de comunicación y espacios del poder político.

Gráfica 25  
 MONTO DE REMESAS FAMILIARES ANUALES  
 Y TASA DE CRECIMIENTO ANUAL, 1990-2009  
 (Millones de dólares corrientes)



Fuente: SIMDE, UAZ. Elaborado con base en datos del Banco de México, Sistema de Información Económica.

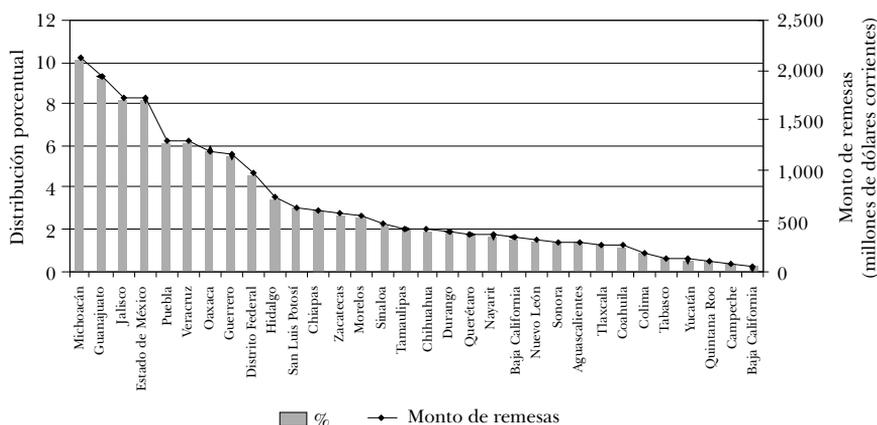
No obstante, el problema teórico y político planteado por el discurso del poder muy pronto mostró sus fisuras y debilidades. La realidad demostró que las remesas no son un recurso inagotable ni estable y, mucho menos, un instrumento del desarrollo para los países subdesarrollados. La crisis del sistema capitalista mundial impactó directamente a su epicentro, Estados Unidos, la principal potencia capitalista del orbe, que además es el principal receptor de inmigrantes y el lugar desde donde se transfieren la mayor cuantía de recursos de los migrantes a sus lugares de destino. Los inmigrantes radicados en Estados Unidos resultaron entre los principales afectados de la crisis, sobre todo de aquellos que viven en condición indocumentada y que trabajan en precariedad laboral.

Como la mayoría de los inmigrantes de origen o ascendencia mexicana que envían remesas a sus lugares de origen se cuentan entre los trabajadores ubicados en las peores condiciones salariales, los envíos de remesas se des-

plomaron y con ello la expectativa ingenua de que las remesas se convertirían en la palanca del desarrollo local, regional y nacional.

Más que un caudal de recursos dispuestos a detonar el desarrollo en diversos ámbitos territoriales, el país y sus regiones fueron gestando una dependencia de las remesas para activar el consumo, pero no por ello desplegaron una capacidad para resarcir el entramado productivo y social que fue desmadejado deliberadamente por el modelo neoliberal y sus múltiples mecanismos de despojo, rentismo y depredación. Las entidades del país que más dependencia tienen frente a las remesas son Michoacán, Guanajuato, Jalisco, Estado de México, Puebla, Veracruz, Oaxaca y Guerrero (véase gráfica 26).

Gráfica 26  
MONTO DE REMESAS FAMILIARES ANUALES  
Y TASA DE CRECIMIENTO ANUAL, 2009  
(Millones de dólares corrientes)



Fuente: SIMDE, UAZ. Elaborado con base en datos del Banco de México, Sistema de Información Económica.

### Profundización de la dependencia de las remesas

En las últimas décadas, en el contexto de la llamada globalización, los organismos internacionales y los gobiernos en general han abandonado el objetivo de promover el desarrollo. Ante este despropósito, la migración se ha convertido en una fuente insoslayable de divisas y una vía para suplementar las limitaciones nacionales de empleo para los países altamente exportado-

res de migrantes. En 2004, se estimaba un flujo mundial de remesas de 230 mil millones de dólares (Banco Mundial, 2005). Para los países receptores, el componente principal de la migración es laboral, y constituye un aporte fundamental de fuerza de trabajo barata que coadyuva a mejorar su posición competitiva.

Aunado al abandono del desarrollo como un objetivo estratégico, los países emisores parecieran delegar en la emigración masiva una especie de alternativa, o válvula de escape, frente a la incapacidad nacional de generar los empleos necesarios para su población. Este proceso sería imposible de no existir una importante demanda de fuerza de trabajo en los países desarrollados, particularmente en sectores económicos cuya expansión y rentabilidad dependen cada vez más del trabajo de inmigrantes calificados y no calificados, como sucede en la agricultura, manufactura, construcción y servicios estadounidenses. La economía internacional del trabajo barato genera de este modo una doble dependencia, aunque con distintos propósitos: los países exportadores de migrantes dependen cada vez más de las remesas; en tanto que los países receptores de inmigrantes, del trabajo barato documentado y, principalmente, indocumentado.

El sistema migratorio México-Estados Unidos no sólo se inscribe en estas tendencias globales sino que además configura un caso ilustrativo de la forma perversa en que la migración se convierte en una pieza fundamental de los procesos asimétricos de integración económica regional. Esto es así debido a que el proceso de integración económica entre México y Estados Unidos profundiza una dinámica desigual que favorece, por un lado, el crecimiento de la economía y del mercado laboral estadounidenses y, por el otro, el desmantelamiento de las cadenas productivas y el estrechamiento y precarización del mercado laboral formal e informal en México. En esa tesitura, según estimaciones de Ruiz Durán (2004), los trabajadores migrantes mexicanos contribuyeron con el 8.0 por ciento a la generación del PIB estadounidense, lo que sugiere el potencial que en esta medida se está perdiendo para el propio crecimiento de México.

Las remesas familiares constituyen uno de los pilares más visibles de la economía de la migración. Son, en la mayoría de los casos, un componente del salario percibido por los migrantes que laboran en Estados Unidos, y su destino principal es contribuir a cubrir necesidades básicas (alimentación, salud, educación y vivienda) de sus familias radicadas en los lugares de origen. En menor medida las remesas familiares contribuyen al sostenimiento de pequeñas empresas en los lugares de origen. Aunque no existe un vínculo directo entre migración y pobreza, es evidente que las remesas familiares

fungen como un paliativo para aminorar las condiciones de pobreza y marginación, sin que en ello medie la intervención gubernamental.

A nivel macroeconómico, las remesas familiares, cuyo monto en 2005 ascendió a 20 mil millones de dólares, constituyen una de las principales y más dinámicas fuentes de divisas para México. Sin embargo, es necesario tomar conciencia de que las remesas no constituyen una fuente inagotable de recursos para soportar la estabilidad socioeconómica de México.

Las remesas colectivas, es decir, los recursos enviados a sus comunidades de origen por las organizaciones de migrantes para obras de beneficio colectivo, aunque no representan un monto equiparable al de las remesas familiares, han contribuido al desarrollo social comunitario, el fortalecimiento de las organizaciones de migrantes y el estrechamiento de los vínculos transnacionales. El Programa 3×1 resulta paradigmático en esta perspectiva, adicionando a las remesas colectivas aportaciones de los tres niveles de gobierno en México (federal, estatal y municipal) para la realización de obras de infraestructura social y eventualmente productiva, con el concurso de los migrantes en el diseño y supervisión de los proyectos (García Zamora, 2005).

Además de las remesas familiares y colectivas, la economía de la migración abarca una no despreciable capa de actividades empresariales. Alrededor del ascenso del flujo migratorio se ha consolidado una serie de empresas que brindan servicios de envío de remesas, telecomunicaciones, transporte, turismo, construcción, medios de comunicación y empresas culturales como también del entretenimiento, entre otros, que configuran la llamada *industria de la migración* comandada principalmente por grandes corporaciones estadounidenses (Orozco, 2004). Adicionalmente y en estrecha relación con lo anterior, existe una doble contribución de los migrantes al dinamismo de la economía estadounidense. Por una parte, los migrantes conforman un poder de compra que amplía el mercado interno de Estados Unidos y, por la otra, en sus lugares de origen promueven un cierto cambio en los patrones de consumo canalizado a la adquisición de productos de origen estadounidense.

### Las remesas como fuente de subsistencia familiar

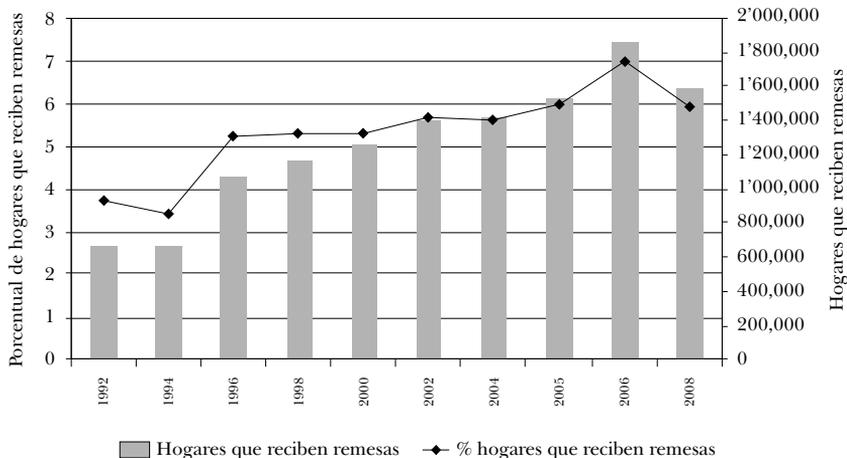
Dadas las condiciones de atraso en materia de desarrollo social imperante en prácticamente todo el territorio mexicano, las remesas familiares han sido consideradas como una suerte de *welfare* para millones de mexicanos que viven en México (Goldring, 1999). Según estimaciones del Consejo Nacional de Población (Conapo, 2005), hay 1.6 millones de hogares recep-

tores de remesas familiares, de los cuales 47 por ciento tiene como principal fuente de ingreso ese recurso. La cantidad total de hogares de hogares receptores de remesas representa el 8 por ciento de los hogares del país, y si ese número de hogares se multiplican por cinco personas en cada hogar, resulta que 8 millones de personas reciben algún beneficio directo, lo cual representan el 7.6 por ciento de la población total del país en 2006 (104 millones de habitantes).

Diversos estudios sobre el uso de las remesas familiares en México coinciden en detectar un patrón de gasto similar de los hogares receptores de remesas. En efecto, su uso se canaliza principalmente a la satisfacción de necesidades básicas, incluyendo salud y educación, y un remanente no mayor del 10 por ciento se destina al ahorro o pequeñas inversiones en vivienda, terrenos, ganado y establecimientos comerciales. Además de estos usos, existen las llamadas remesas especiales destinadas a actividades de ahorro o inversión como la compra de una casa, maquinaria agrícola, participación en proyectos de inversión o en programas gubernamentales.

Los hogares dependientes de las remesas se han venido incrementando, al punto en que en 2006 se registraron más de 1.8 millones de hogares receptores, que representan más del 7 por ciento del total de hogares del país (véase gráfica 27).

Gráfica 27  
HOGARES QUE RECIBEN REMESAS 1991-2008  
(Millones de dólares corrientes)

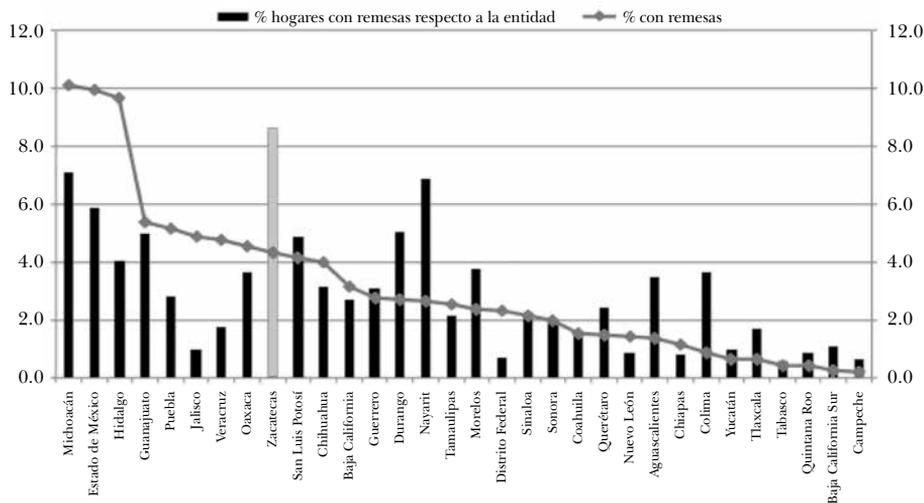


Fuente: SIMDE, UAZ. Con base en INEGI, Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH), 1992-2009.

A nivel de las entidades del país, Zacatecas destaca con la proporción más elevada de hogares que reciben remesas con respecto al total de hogares (8 por ciento), seguido de Michoacán (7 por ciento) y Nayarit (7 por ciento) (véase gráfica 28).

Gráfica 28

HOGARES CENSALES QUE RECIBEN REMESAS POR ENTIDAD, 2010



Fuente: SIMDE, UAZ. Estimaciones con base en la muestra del Censo de Población y Vivienda 2010.

Existe un dato indirecto del impacto de las remesas como sistema de protección social paralelo de las familias mexicanas: el monto total asignado al Programa Oportunidades —principal programa del gobierno foxista para mitigar la pobreza extrema, que atiende a 5 millones de hogares y 25 millones de personas— representa apenas el 15 por ciento de las remesas familiares recibidas por México en 2005, mismas que fueron gastadas en educación y salud sin intermediación gubernamental (PNUD, 2006). De lo cual se desprende que en ausencia de las remesas familiares, el gobierno mexicano tendría que aumentar significativamente la inversión social para esos rubros.

### Importancia de las remesas participativas

Las remesas participativas constituyen recursos recaudados por las organizaciones de migrantes destinadas a la realización de obras sociales y públicas

en sus lugares de origen. Debido al entramado organizacional, al tejido de relaciones y a la necesaria negociación con los distintos niveles de gobierno (federal, estatal y municipal), las remesas colectivas configuran relaciones transnacionales acordes a la estirpe de las organizaciones de migrantes. Este tipo de remesas hace posible:

- La realización de obras en las localidades de origen que subsanan rezagos históricos en materia de infraestructura social.
- El estrechamiento de vínculos socioculturales entre los migrantes y la población radicada en sus lugares de origen.
- El seguimiento y evaluación de las políticas públicas, lo cual eventualmente abre un canal institucional para la rendición de cuentas.

En el plano más general, es posible distinguir cuando menos dos tipos de remesas colectivas: las formales y las informales. Las primeras están vinculadas a la iniciativa de los clubes, asociaciones de migrantes y al Estado. Surgieron en los años sesenta como donación colectiva de las organizaciones migrantes mexicanas en Estados Unidos para financiar obras de infraestructura social; esta etapa ha sido llamada por los mismos migrantes como “Cero por Uno”, pues sólo se recaba la aportación de los migrante sin participación gubernamental alguna. Posteriormente, en los años setenta se financian algunas obras de infraestructura básica en las comunidades de origen con aportación de las organizaciones migrantes y de los municipios de forma no institucional; esta etapa se conoce como “Uno por Uno”. La maduración de las organizaciones migrantes oriundas del estado de Zacatecas posibilita que en 1992 se establezca el Programa Dos por Uno, mediante el cual los migrantes aportan un dólar por uno del gobierno estatal y otro del gobierno federal. En 1999, cuando los municipios del país reciben mayores recursos federales se integran a este esquema de fondos concurrentes y nace el Programa Tres por Uno, que en 2003 se denomina oficialmente Programa Iniciativa Ciudadana Tres por Uno, con un presupuesto 15 millones de dólares promedio anual entre 2003 y 2005. En este caso, las remesas colectivas se destinan al financiamiento de distintos proyectos de servicios e infraestructura comunitarios. En menor medida, existen algunos proyectos de infraestructura productiva, como presas y cooperativas, que benefician solamente a los migrantes y sus familiares que actúan como socios inversionistas.

El espectro de obras realizadas en este programa abarca desde la pavimentación de calles y rehabilitación de iglesias hasta obras de infraestructura

productiva como carreteras y presas. Es pertinente acotar que los montos de inversión están sujetos a las restricciones presupuestales principalmente del gobierno federal, por lo cual muchos proyectos e iniciativas de las organizaciones de migrantes quedan fuera de la ejecución del programa.

A pesar de lo bajo del presupuesto federal para este programa, que no ha rebasado en ningún año los 15 millones de dólares (frente a los 54 millones de dólares diarios que enviaron los migrantes mexicanos de remesas familiares en 2005), es uno de los programas sociales de los tres niveles del gobierno mexicano con mayor aceptación en las comunidades de origen y las organizaciones migrantes, que a su vez ha tenido resonancia internacional. El programa se ha extendido a la mayoría de los estados de la República (28). En 2009 se realizaron 2,421 proyectos en 564 municipios con la participación de 797 agrupaciones de migrantes. En ese mismo año se presupuestaron 1.2 mil millones de pesos (véase cuadro 13).

Cuadro 13  
PROGRAMA 3×1. PROYECTOS, MUNICIPIOS Y PRESUPUESTO,  
2002-2009

<i>Concepto</i>	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008	2009
Entidades federativas	20	18	23	26	26	27	27	28
Número de proyectos	942	899	1,436	1,636	1,274	1,598	2,457	2,421
Municipios apoyados	247	257	383	425	417	443	574	564
Grupos de migrantes participantes	20	200	527	815	723	857	957	797
<i>Presupuesto/Millones de pesos</i>								
Federal	113.7	99.9	175.9	232.1	192.0	257.7	470.2	525.2
Estatad, municipal y de migrantes	266.5	277.7	461.8	619.7	556.9	690.8	1,259.3	1,178.9

Fuente: Presentación del Programa 3×1 en la Organización de Estados Americanos por la Secretaría de Desarrollo Social de México.

Los principales rubros de inversión corresponden a obras de carácter público en el ámbito municipal, como agua potable, alcantarillado y electrificación; caminos y carreteras, infraestructura de salud, educativa y deportiva; urbanización y pavimentación; centros comunitarios; además de becas educativas, proyectos productivos comunitarios y proyectos de fortalecimiento patrimonial (véase cuadro 14).

Cuadro 14  
PROGRAMA 3×1. PROYECTOS POR RUBRO DE INVERSIÓN,  
2002-2009

<i>Tipo de proyecto</i>	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008	2009	<i>Total</i>
Agua potable, alcantarillado y electrificación	226	274	547	440	236	376	576	562	3,237
Camino y carreteras	67	57	83	100	58	77	103	72	617
Infraestructura de salud	28	17	26	31	26	19	49	21	217
Infraestructura educativa	112	61	46	73	56	99	157	184	788
Infraestructura deportiva	50	35	42	47	40	68	111	112	505
Urbanización y pavimentación	276	282	477	566	452	620	979	964	4,616
Becas educativas 3×1	0	0	0	15	25	66	75	41	222
Centros comunitarios	127	143	160	278	317	220	239	208	1,692
Proyectos productivos comunitarios	40	22	53	77	45	50	100	42	429
Proyectos para el fortalecimiento patrimonial	0	0	0	0	0	0	0	135	135
Otros	16	8	2	9	19	3	68	80	205
<b>Total</b>	<b>942</b>	<b>899</b>	<b>1,436</b>	<b>1,636</b>	<b>1,274</b>	<b>1,598</b>	<b>2,457</b>	<b>2,421</b>	<b>12,663</b>

Fuente: Presentación del Programa 3×1 en la Organización de Estados Americanos por la Secretaría de Desarrollo Social de México.

Los proyectos sociales apoyados con remesas participativas configuran una forma de “transnacionalismo desde abajo” que va más allá de la construcción de obras de infraestructura básica, puesto que entre otras cosas contribuye a fomentar la organización transnacional de los migrantes, posibilitar la negociación de las organizaciones de migrantes y sus comunidades de origen con los tres niveles del gobierno mexicano, financiar la construcción de miles de proyectos de infraestructura básica, propiciar un proceso de aprendizaje social transnacional de todos los actores involucrados en esos proyectos y fomentar la cultura de la transparencia y rendición de cuentas (García Zamora, 2005).

Pese a los aportes positivos de las remesas familiares y colectivas al bienestar de los hogares y las comunidades, por ningún motivo se puede plantear que sean el sustituto de las políticas públicas para el desarrollo económico, y tampoco para las políticas de desarrollo social.

## Impacto de las remesas en la contención de la pobreza

Es común suponer que la pobreza produce migración, y que ésta a su vez produce remesas. Si las cosas fueran así, los estados y municipios con menores niveles de ingresos per cápita, educación y salud tendrían un gran número de migrantes y, por lo tanto, recibirían un elevado monto de remesas. Sin embargo, la distribución geográfica de las remesas en México revela una realidad diferente. En términos absolutos, los estados de Michoacán, Jalisco, Guanajuato, México, Puebla, Veracruz, Guerrero, Oaxaca, Hidalgo y Distrito Federal concentraron el 70 por ciento de las remesas en 2004. Cada uno de ellos recibió remesas por más de 600 millones de pesos; Michoacán recibió 2,196 millones de dólares. En 2004, de esos 10 estados, seis de ellos (Michoacán, Puebla, Veracruz, Guerrero, Oaxaca e Hidalgo) pertenecen también al grupo de los 10 estados con menores niveles de desarrollo humano del país. Los otros cuatro receptores de remesas, Jalisco, Guanajuato, Estado de México y Distrito Federal pertenecen al grupo de las 10 economías estatales más grandes del país. A pesar de su elevado nivel de desarrollo humano, estos estados concentran 32 por ciento de las remesas recibidas en 2004. En comparación, cuatro de los 10 estados con bajo nivel de desarrollo humano (Chiapas, Zacatecas, Tabasco y Tlaxcala) suman solamente 7 por ciento de las remesas nacionales.

Al analizar la distribución geográfica de las remesas en términos relativos, la situación anterior se sostiene. Los 10 estados que reciben mayores remesas per cápita, Michoacán, Guanajuato, Zacatecas, Aguascalientes, Hidalgo, Guerrero, Nayarit, Oaxaca y Querétaro, con más de 215 dólares en 2004, se ubican en distintos niveles de desarrollo humano. Cinco de esos 10 estados (Michoacán, Zacatecas, Hidalgo, Guerrero y Oaxaca) se ubican entre los 10 estados con menor desarrollo humano. Todo esto revela que no existe una relación mecánica entre remesas y desarrollo humano a escala estatal, donde es difícil diferenciar el impacto específico de las remesas.

Por otra parte, al enfocar la atención en el fenómeno de la pobreza referido específicamente a los hogares de México, un ejercicio de simulación realizado por Rodríguez (2005) muestra que sin el influjo de las remesas, el número de hogares ubicados en situación de pobreza crecería en poco más de 220 mil. Y aunque no existe un vínculo directo entre migración y pobreza, es evidente que las remesas familiares fungen como un paliativo para aminsonar las condiciones de pobreza y marginación, sin que en ello medie la intervención gubernamental. Como lo muestran múltiples estudios sobre el

impacto de las remesas familiares sobre la pobreza —entre otros, Conapo (1999, 2000)—, los hogares receptores de remesas tienden a presentar niveles de vida en términos de alimentación, salud, educación y vivienda ligeramente superiores a los hogares que no reciben remesas. Cabe destacar que el 75 por ciento de los hogares receptores de remesas en México no son pobres y que la mayor parte de las remesas se concentran en 492 municipios de alta intensidad migratoria y bajos niveles de pobreza. Además, debe considerarse que la emigración internacional implica un costo que se ha venido acrecentando con el reforzamiento de las medidas de control fronterizo; costo que los miembros de los hogares más pobres difícilmente pueden sufragar. Por ello no se deben establecer deducciones mecánicas sobre migración y pobreza. En el mejor de los casos, se puede señalar que la migración y las remesas son un atenuante de la pobreza y la marginación en las comunidades de origen. Pero no puede considerarse, de ninguna manera, que las remesas sean una solución de fondo para erradicar o combatir la pobreza.

A manera de síntesis cabe advertir tres puntos críticos sobre el papel de las remesas en la economía mexicana:

1. En virtud de la dependencia crítica de las remesas como fuente de divisas, es necesario tomar conciencia de que las remesas tenderán a caer debido a la migración definitiva, la reunificación familiar y la creciente tendencia al despoblamiento. Por tanto, ese recurso no puede considerarse como una fuente sustentable para el mantenimiento de la estabilidad macroeconómica de México ni mucho menos como un motor del desarrollo nacional o regional.
2. El patrón de uso de las remesas está volcado hacia el consumo familiar y en mucho menor medida a la inversión productiva. Por tanto, es inconsistente suponer que las remesas pueden constituir un fondo social de inversión que detone el desarrollo local o regional. En ausencia de un sistema financiero mexicano que derrame recursos crediticios a las localidades y regiones de origen de los migrantes, el esquema de microfinanzas asociado a la captación de remesas es todavía muy endeble como para visualizarlo como alternativa de desarrollo (Cortina y De la Garza, 2005).
3. Las remesas no constituyen un recurso suficientes para elevar el ingreso de la población y para contrarrestar los niveles de pobreza, es decir, no pueden suplir las responsabilidades gubernamentales en materia de combate a la pobreza y promoción del desarrollo social.

### La “industria de la migración”: impactos y limitaciones

En los estudios de migración internacional se ha designado como industria de la migración a la cadena de actividades económicas que se derivan directa e indirectamente de ese fenómeno en los países de destino y origen. La migración además del impacto directo sobre las familias, es generadora de toda una serie de actividades asociadas que dinamizan a las economías locales y regionales. En contraste, la migración también genera algunos impactos negativos ampliamente documentados en la literatura. De particular importancia en la actualidad resulta el problema del despoblamiento, el abandono de actividades productivas y la dependencia cada vez más crítica de las remesas en determinados casos.

Bajo estas circunstancias, la migración internacional produce ganadores y perdedores. En primer lugar, la migración laboral mexicana alimenta los requerimientos laborales estadounidenses, que están supeditados mayormente a la estrategia de reestructuración productiva desde finales de los setenta del siglo pasado, acorde a los requerimientos de competitividad intracapitalista (Delgado Wise y Márquez, 2006). En otro nivel, existe una variedad de empresas que obtienen grandes dividendos a partir de la demanda de bienes y servicios que desencadenan las remesas. Algunos ejemplos sobre esta temática son los siguientes:

1. El incremento directo de las actividades comerciales de las economías locales e indirectamente de las economías regionales a través de la demanda de bienes y servicios. En el primer caso se produce un efecto multiplicador local y en el segundo, los efectos multiplicadores se transfieren hacia otras zonas y regiones a través de las transacciones comerciales. Los impactos de las remesas no se generan en el lugar donde se reciben sino donde se gastan, es decir, en las ciudades con mayor actividad económica.
2. La transferencia de remesas se ha consolidado como un negocio muy lucrativo en manos de pocas empresas, como Western Union y MoneyGramm. Una década atrás, cuando el mercado estaba altamente monopolizado por Western Union y MoneyGramm se calculaba que los costos de las transacciones oscilaban entre un 15 y 20 por ciento del valor total de los envíos. En 2003, gracias a la mayor competencia entre las empresas remeseras, según el Banco Mundial, por cada 100 dólares incluyendo el costo de envío y la deducción del tipo de cambio, los costos oscilaron en

promedio como sigue: 12.8 dólares en Cuba, 12.6 dólares en Colombia, 11.7 dólares en Jamaica, 11.2 dólares en República Dominicana, 10.7 dólares en Haití, 9.4 dólares en Guatemala, 9.3 dólares en Nicaragua, 9.1 dólares en México y 7.5 dólares en El Salvador (Orozco, 2002). Sin embargo, poco a poco se aprecia una diversificación de empresas remeseras que ha favorecido el abaratamiento relativo de los costos de envío. Asimismo, los organismos internacionales, particularmente el BID, y ONG promueven la formación de un sector microfinanciero vinculado al envío, recepción y uso local de las remesas.

3. La dinamización y diversificación de los servicios de transporte aéreo y terrestre que facilitan la migración y actividades asociadas como el turismo paisano y el traslado de cadáveres. En ocasiones esto trae consigo la apertura de nuevas rutas y la creación o modernización de vías de transporte.
4. El impulso a los medios de telecomunicación que incluyen entre otros el Internet y el sistema de telefonía, que ha contribuido a estrechar la comunicación en tiempo real entre los lugares de origen y destino de las migraciones.
5. Los migrantes al reproducir su cultura y tradiciones en los países de destino, están generando un vasto mercado de consumo de productos y bienes culturales originarios de sus países y localidades que conforman lo que se ha dado en llamar el mercado nostálgico o paisano.

Ante el relativamente escaso desarrollo de la comunidad empresarial migrante, las actividades de la industria de la migración tienden a ser aprovechadas por las grandes empresas multinacionales, principalmente de los países receptores, y en menor medida de los emisores. Tal es el caso de Western Union, MoneyGramm, AT&T, City Bank, Continental, American Airlines, Wal Mart, Telmex, Mexicana de Aviación, Cemex, Aeroméxico, entre otras. Además ha emergido una constelación de pequeñas y medianas empresas, como agencias de viaje, casa de cambio y demás.

En un sentido más amplio, la vida transnacional da lugar a una amplia gama de actividades económicas en los lugares de origen y destino que se inscriben en la lógica y dinámica global del desarrollo económico de los países que encabezan los procesos de globalización en curso, como es el caso de Estados Unidos. Esto se advierte en el los lugares de origen a través de la modificación de los patrones de consumo motivados por las remesas para la compra de mercancías de extracción estadounidense, y en los lugares de destino mediante el impulso al mercado interno que propicia el creciente

poder de compra de los migrantes, pero sobre todo porque acaban siendo parte del engranaje que reproduce las asimetrías y mantiene el *statu quo* internacional.

Además, la economía de la migración abarca una no despreciable capa de actividades empresariales encabezadas por los migrantes mexicanos en los países de destino. A pesar de que estas actividades tienen su principal radio de acción en Estados Unidos y atienden principalmente al llamado mercado hispano y en particular el mercado paisano o nostálgico, hay evidencias de que algunos de ellos invierten en sus lugares de origen e incluso despliegan actividades empresariales transnacionales (Guarnizo, 2003).

### **Limitaciones de las políticas públicas de migración y desarrollo**

El modelo de desarrollo basado en las remesas está compuesto por un conjunto de programas desarticulados y descontextualizados que adolecen, además, de la falta de una institucionalidad susceptible. Contigo, el TLCAN y Sociedad para la Prosperidad son invocados como los programas que supuestamente hacen frente a las causas de la migración (Conapo, 2004), cuando en realidad son consecuentes con la noción acotada de desarrollo propia del modelo de desarrollo basado en las remesas: sin mejoras socioeconómicas ni cambios estructurales e institucionales, pero con gobernabilidad y legitimación políticas; apuntan en dirección opuesta al desarrollo y no acometen las causas del desbordamiento migratorio.<sup>12</sup>

Los principios del modelo de desarrollo basado en las remesas en México son cuatro (Márquez, 2007):

1. Los migrantes son a la vez sujetos y objetos de su propio desarrollo, por lo cual tienen que aportar sus propios recursos, las remesas, para activar distintas modalidades de desarrollo en sus lugares de origen: desarrollo participativo, desarrollo económico local o desarrollo comunitario.
2. El Estado delega en las autoridades regionales y locales —gobiernos de las entidades federativas y municipales— la responsabilidad de promo-

<sup>12</sup>Contigo es una amalgama de programas asistenciales focalizados en la extrema pobreza en consonancia con la nueva política social; el TLCAN funge como eje de la integración económica asimétrica y subordinada de México a Estados Unidos y del modelo exportador de fuerza de trabajo, y Sociedad para la Prosperidad se reduce a una proclama discursiva de buenas intenciones entre los gobiernos de ambos países que ha derivado en la Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte cuyo propósito es articular una agenda geopolítica de seguridad acorde a los intereses de Estados Unidos, desdeñando el tema migratorio y los problemas del desarrollo que afronta el país.

- ver el desarrollo de las zonas migratorias sin transferir recursos fiscales adicionales o suficientes para activar el desarrollo local y regional.
3. La gobernabilidad local se promueve mediante la participación de los migrantes en programas gubernamentales y la promoción de una mayor captación de remesas familiares que permite tejer una precaria estabilidad socioeconómica.
  4. La participación de los migrantes se antepone antes que la construcción de una nueva institucionalidad abocada a promover el desarrollo, por lo cual se adolece de la falta de políticas públicas en materia de migración y desarrollo.

En el terreno microsocial, las remesas familiares o salariales coadyuvan sustancialmente a sufragar los gastos de subsistencia de millones de hogares mexicanos, en tanto que las remesas participativas contribuyen a suplementar en algunas localidades migratorias el gasto público canalizado a obras de infraestructura social (p. ej., el Programa 3×1). En ambos casos se contribuye a liberar parcialmente al Estado de su otrora obligación de participar en las tareas del desarrollo social. Y por si fuera poco, la migración y sus remesas funcionan como una invaluable “válvula de escape” (y de seguridad) frente a la disminuida capacidad estructural de la economía para expandir el empleo formal y de calidad, a la sazón fuentes de ingresos familiares.

En el apartado anterior nos referimos a la remesa salarial, el principal recurso enviado por los migrantes. Veamos ahora el segundo recurso, la remesa participativa, en realidad el único y limitado instrumento de desarrollo asociado a la migración. En 2004, a través del Programa 3×1 se invirtieron 538.8 millones de pesos. Si se suman las cuatro fuentes de financiamiento (migrantes, municipio, estado y federación), dicha cantidad representa apenas el 3.24 por ciento de lo que recibe el país por concepto de remesas salariales. No obstante, en localidades de Zacatecas y Jalisco su peso es significativo con relación a los montos de inversión pública en infraestructura y servicios. El espectro de obras realizadas en este programa abarca rubros de obra pública y proyectos societarios, desde la pavimentación de calles y carreteras hasta la rehabilitación de iglesias y construcción de lienzos charros. A nivel nacional, bajo el Programa Iniciativa Ciudadana Tres por Uno se han realizado más de 3 mil proyectos de infraestructura básica. No obstante, el presupuesto federal para este programa es bajo, pues no ha rebasado, en ningún año, los 15 millones de dólares, sobre todo si se compara con los 54 millones de dólares diarios que enviaron los migrantes mexicanos bajo el rubro de remesas familiares en 2005. Empero, pese a los aportes positivos de las

remesas salariales y participativas al bienestar de los hogares y las localidades, es insostenible sostener que con ello se sustituyen las políticas públicas para el desarrollo económico y social.

Bajo estas consideraciones, la exportación de fuerza de trabajo opera, sin que se lo propongan los migrantes, como un componente del engranaje neoliberal que aporta una cierta estabilidad y, paradójicamente, un “rostro humano”. A nivel macro las remesas coadyuvan a apuntalar el modelo de desarrollo neoliberal que muestra signos ostensibles de insustentabilidad, y a nivel micro fungen como un paliativo de la pobreza y marginación, sin vínculos sólidos con el ahorro, el mejoramiento de la capacidad productiva y el crecimiento económico.

Las políticas migratorias en México conjugan programas inconexos y abocados a cubrir aspectos parciales relacionados con los efectos de la migración. La pretensión básica del gobierno es garantizar que la migración cumpla pasivamente su funcionalidad en el equilibrio macroeconómico y la estabilidad social, de ahí que su política se pueda motejar como de “cortejo a la diáspora”. Como era de esperarse, estas políticas no proponen ningún cambio sustancial en la política neoliberal, a lo sumo plantean discursivamente la necesidad de aminorar los costos de transferencia de las remesas y la promoción de algunos instrumentos de apoyo para el uso de las remesas en microproyectos. Mucho menos se inscriben en un modelo alternativo de desarrollo para el país que contribuya a reducir las asimetrías socioeconómicas entre México y Estados Unidos, que están en la base de la actual dinámica migratoria.

### Contradicciones del modelo

El modelo de desarrollo basado en las remesas, impulsado por los organismos internacionales y la mayoría de los gobiernos de América Latina y el mundo, tiene el cometido de integrar al fenómeno migratorio, y particularmente a las remesas que de él dimanen, como un recurso estratégico, y casi único, para la solución de los problemas socioeconómicos, sin reparar en que dicha estrategia política en realidad “desvirtúa la definición de desarrollo, al fundamentarlo en la exportación de fuerza de trabajo y la captación de remesas” (RIMYD, 2005).

Cuando las expectativas de desarrollo se cifran exclusivamente en la contribución de los migrantes, es decir, de las remesas, el modelo resulta a todas luces insustentable, porque, en principio, y situados en un extremo del problema, no hay evidencias de que la dinámica ascendente en la captación de

remesas se vaya a sostener por mucho tiempo (entre otros factores por el cambio en el patrón migratorio según el cual la figura dominante en la migración mexicana ya no es el migrante circular, que va y viene, sino el migrante establecido que no va solo sino acompañado de su familia), y además porque bajo ese modelo no se aspira a recomponer en modo alguno el estado de cosas que genera la migración galopante y la falta de desarrollo, como lo supone la paradigmática integración económica México-Estados Unidos.

Además este modelo no toma en cuenta que las remesas, merced a su naturaleza, poseen una lógica salarial abocada a satisfacer la subsistencia familiar o la formación de fuerza de trabajo migrante y que la emergencia de otro tipo de remesas —la participativa, vinculada a la realización de obras públicas y sociales, y la productiva, dirigida a la creación de micro y pequeñas empresas— conjugan una cuantía de recursos que si bien son importantes para la vida de las localidades y zonas migratorias no alcanza a constituir un fondo de financiamiento para el desarrollo. No obstante, esa visión del “desarrollo” ha venido ganando terreno en la agenda internacional y ocupa un lugar preponderante en la política migratoria mexicana, aunque no sea de manera explícita. Pero lo más importante es que se inscribe en una dinámica estructural que profundiza el subdesarrollo, las asimetrías y por ende estimula la migración.

Al menos, podemos identificar tres puntos críticos sobre el papel de las remesas en la economía mexicana:

1. *El despoblamiento se asocia a una caída relativa del flujo de remesas.* En virtud de la dependencia crítica de las remesas como fuente de divisas, es necesario tomar conciencia de que las remesas tenderán a caer debido a la migración definitiva, la reunificación familiar y la creciente tendencia al despoblamiento. Por tanto, ese recurso no puede considerarse como una fuente sustentable para el mantenimiento de la estabilidad macroeconómica de México ni mucho menos como un motor del desarrollo nacional o regional.
2. *El patrón de uso de las remesas está volcado hacia el consumo familiar y en mucho menor medida a la inversión productiva.* Por tanto, es inconsistente suponer que las remesas pueden constituir un fondo social de inversión que detone el desarrollo local o regional. En ausencia de un sistema financiero mexicano que derrame recursos crediticios a las localidades y regiones de origen de los migrantes, el esquema de microfinanzas asociado a la

captación de remesas es todavía muy endeble como para visualizarlo como alternativa de desarrollo.

3. *Las remesas son insuficientes para detonar el desarrollo.* Las remesas no constituyen un recurso suficientes para elevar el ingreso de la población y para contrarrestar los niveles de pobreza, es decir, no pueden suplir las responsabilidades gubernamentales en materia de combate a la pobreza y promoción del desarrollo social, mucho menos puede suponerse que detonen el desarrollo.

## Conclusiones

En un escenario internacional, donde so pretexto de que la llamada globalización significa la preeminencia del libre mercado y denuesta la intervención estatal, los organismos internacionales y los gobiernos en general omiten la gestión del desarrollo nacional, particularmente en los países subdesarrollados para dar lugar al predominio de los grandes capitales. En ese contexto, la migración laboral se ha convertido en una fuente insoslayable de divisas y una vía para suplementar las limitaciones nacionales de empleo para los países que experimentan una elevada incidencia migratoria.

En el caso particular de México, el proceso de integración económica con Estados Unidos constituye una dinámica desigual que, por un lado, contribuye al crecimiento de la economía y del mercado laboral estadounidenses y, por el otro, al desmantelamiento de las cadenas productivas y el estrechamiento y precarización del mercado laboral formal e informal en México.

Por lo mismo, las remesas familiares son, hoy por hoy, uno de los pilares más visibles de la economía de la migración: 1) cubren necesidades básicas (alimentación, salud, educación y vivienda) de sus familiares radicadas en los lugares de origen; 2) contribuyen, aunque en menor medida, al sostenimiento de pequeñas empresas en los lugares de origen; 3) cumple en papel de paliativo de la pobreza y marginación, y 4) en términos macroeconómicos, conforman una de las principales y más dinámicas fuentes de divisas para México. En suma, se convierten en una pieza clave del engranaje neoliberal del país.

Las remesas colectivas, es decir, los recursos enviados a sus comunidades de origen por las organizaciones de migrantes para obras de beneficio colectivo, aunque no representan un monto equiparable al de las remesas familiares, han contribuido al desarrollo social comunitario, el fortalecimiento de las organizaciones de migrantes y el estrechamiento de los vínculos transnacionales. El Programa 3×1 resulta paradigmático en esta perspectiva,

adicionando a las remesas colectivas aportaciones de los tres niveles de gobierno en México (federal, estatal y municipal) para la realización de obras de infraestructura social y eventualmente productiva, con el concurso de los migrantes en el diseño y supervisión de los proyectos. Si bien las remesas colectivas son expresión del vigor del llamado transnacionalismo desde abajo, lo cierto es que aunque crean espacios para un potencial desarrollo alternativo, sirven también, sin que ello sea parte de la agenda de los migrantes, como un elemento que favorece la estabilidad social del país y que no toca las fibras más sensibles del modelo exportador de fuerza de trabajo que impera en México.

Alrededor del ascenso del flujo migratorio se ha consolidado una serie de empresas que brindan servicios de envío de remesas, telecomunicaciones, transporte, turismo, construcción, medios de comunicación y empresas culturales y del entretenimiento, entre otros, que configuran la llamada *industria de la migración* comandada principalmente por grandes corporaciones estadounidenses. Adicionalmente, existe una doble contribución de los migrantes al dinamismo de la economía estadounidense. Por una parte, los migrantes conforman un poder de compra que amplía el mercado interno de Estados Unidos y, por la otra, en sus lugares de origen promueven un cierto cambio en los patrones de consumo canalizado a la adquisición de productos de origen estadounidense. De hecho y este es un dato que dimensiona claramente la magnitud del fenómeno: la contribución directa de los migrantes laborales mexicanos a la economía de Estados Unidos se estima —como lo señalamos antes (Ruiz Durán, 2004)— en un 8 por ciento del PIB de Estados Unidos, esto es, 877 mil millones de dólares. Esta cifra supera la contribución de todos los mexicanos al PIB del país (626 mil millones de dólares). Se trata, sin duda, de un dato que pone de relieve los alcances de la economía de la migración y la distribución desigual o asimétrica de sus resultados.

El peso acrecentado de las remesas en la economía mexicana ha propiciado que organismos internacionales y el gobierno mexicano sugieran, sin evidenciar las causas de la migración, que las remesas constituyen un recurso *sine qua non* para impulsar el desarrollo. En este trabajo hemos conceptualizado esta política como modelo de desarrollo basado en las remesas. Sin embargo, se ha expuesto que este modelo además de distorsionar la noción misma de desarrollo, propicia el espejismo de una economía ficticia e insustentable que confunde la creciente dependencia de las remesas con las potencialidades del desarrollo. Desde esa perspectiva, se concluye lo siguiente:

1. En las últimas décadas, en el contexto de la globalización neoliberal, los organismos internacionales y los gobiernos en general han abandonado el objetivo de promover el desarrollo. Ante este despropósito, la migración se ha convertido en una fuente insoslayable de divisas y una vía para suplementar las limitaciones nacionales de empleo para los países emisores, es decir, se le ha conferido el papel de contribuir a la precaria estabilidad socioeconómica en el país.
2. El modelo de desarrollo basado en las remesas no está diseñado para promover cambios socioeconómicos sustanciales en los lugares y regiones de origen ni para crear bases de arraigo en el país; por lo contrario, pretende darle viabilidad al proceso de integración económica de México a Estados Unidos sustentado en la exportación de fuerza de trabajo y a la política de desarrollo neoliberal mediante la edificación de una endeble gobernabilidad local y un aparente “rostro humano” ante el entorno de insustentabilidad social, precariedad laboral, desarticulación productiva que prevalece en la generalidad de las regiones del país.
3. Las remesas salariales constituyen el pilar más visible de la economía de la migración. En el mayor de los casos se trata de un componente del salario percibido por los migrantes que laboran en Estados Unidos, y su destino principal es contribuir a cubrir necesidades básicas (alimentación, salud, educación y vivienda) de sus familias radicadas en los lugares de origen. En menor medida estas remesas contribuyen al sostenimiento de pequeñas empresas en los lugares de origen. Aunque no existe un vínculo directo entre migración y pobreza, es evidente que las remesas salariales fungen como un paliativo para aminorar las condiciones de pobreza y marginación, sin que en ello medie la intervención gubernamental. Sin embargo, es necesario tomar conciencia de que las remesas no constituyen una fuente inagotable de recursos para soportar la estabilidad socioeconómica de México.
4. Las remesas participativas, es decir, los recursos enviados a sus lugares de origen por las organizaciones de migrantes con objeto de sumarse al fondo de inversión de obras públicas y proyectos sociales, aunque no representan un monto equiparable al de las remesas salariales, han contribuido al fortalecimiento de las organizaciones de migrantes y al estrechamiento de los vínculos transnacionales.
5. Las políticas de migración y desarrollo en México son aún muy limitadas para cumplir las tareas del desarrollo porque no consideran una estrategia seria para diversificar la fuente de recursos financieros, productivos, tecnológicos, humanos y de capital para promover el desarrollo

asociado a la participación de los migrantes y al uso de remesas. Esto es una condición necesaria para promover el desarrollo local y regional. Así, por ejemplo, el Programa 3×1, a la sazón el más importante y dinámico de todos, que conjuga recursos de los tres niveles de gobierno y de los propios migrantes, moviliza una fracción raquítica comparada con las remesas familiares o salariales captadas en el país.

6. Alrededor del ascenso del flujo migratorio se ha consolidado una serie de empresas que brindan servicios de envío de remesas, telecomunicaciones, transporte, turismo, construcción, medios de comunicación y empresas culturales, así como de entretenimiento, entre otros, que configuran la llamada *industria de la migración* comandada principalmente por grandes corporaciones estadounidenses. Adicionalmente y en estrecha relación con lo anterior, existe una doble contribución de los migrantes al dinamismo de la economía estadounidense. Por una parte, los migrantes conforman un poder de compra que amplía el mercado interno de Estados Unidos y, por la otra, en sus lugares de origen promueven un cierto cambio en los patrones de consumo canalizado, por ejemplo, a la adquisición de productos de origen estadounidense. En menor medida, la economía de la migración incluye una ligera capa de actividades empresariales encabezadas por migrantes mexicanos. A pesar de que estas actividades tienen su principal radio de acción en Estados Unidos y atienden principalmente al llamado mercado hispano y en particular el mercado paisano o nostálgico, algunos de ellos invierten en sus lugares de origen e incluso despliegan actividades empresariales transnacionales en ciernes.
7. A la migración laboral se le ha conferido un específico papel en la economía mexicana: servir de fuente de recursos para la manutención de millones de mexicanos y para suplementar una parte de la obra pública municipal, lo cual aminora evidentemente una carga presupuestal al Estado. Sin embargo, esa dinámica en modo alguno puede motejarse como desarrollo, en virtud de que no cumple los objetivos de mejorar sustancialmente las condiciones de vida de la población en general, sólo cumple la función salarial para los miembros de la familia y apuntala los programas de obra pública municipal en un contexto de descentralización y austeridad presupuestal.